

Una historia bien escrita, pero...

Édgar Vásquez Benítez. *Historia de Cali en el siglo 20 (Sociedad, economía, cultura y espacio)*, Darío Henao, Pacífico Abella Editores, Cali, 2001, 318 pags.

Cali es una ciudad que vive desde hace casi una década una de sus peores crisis en todos los sentidos. No es solamente la obvia crisis de dirigencia política, desde hace rato esta ciudad no conoce un buen alcalde o a alguien que pueda dar prueba irrefutable de que la conoce y la ha pensado proyectándola en siquiera un lustro. Se le agregan las crisis conexas de administración, de convivencia ciudadana, de pobreza y desempleo, de relajamiento en normas de comportamiento cívico, en fin. En medio de una crisis tan lamentada y comentada, aparece este hermoso libro del profesor Edgar Vásquez Benítez. Un libro bien escrito que intenta dar cuenta de la historia de esta ciudad durante buena parte del siglo XX.

La edición es lujosa y envidiable, cuántos quisiéramos ver nuestros libros respaldados por tan numeroso y variado patrocinio. El formato y el papel también son generosos; algunos criterios editoriales fueron audaces: se optó por el siglo 20 en vez del tradicional siglo XX, aunque el interior del libro no respalde con uniformidad esa audacia. En fin, el libro parece una muestra de alta autoestima, de deseo de hacer ver bien el pasado (al menos eso, el pasado) de esta ciudad colombiana. Además, insisto, el libro está muy bien escrito, es una prosa sobria y fluida, a veces demasiado sintética, rara todavía en el oficio historiográfico colombiano.

Los primeros capítulos, quizás lo mejor del libro, dan cuenta de eso que el mismo autor ha precisado como el “tiempo lento de la tradición” que absorbe buena parte de la historia de esta ciudad. El historiador Vásquez Benítez acertó en remontarse al siglo XIX para dar cuenta de los cambios

económicos y sociales que precedieron y anunciaron las modificaciones en el paisaje rural del Valle del Cauca. Hasta las primeras décadas del siglo XX, ese paisaje no sufrió grandes transformaciones y Cali continuó siendo una “aldea”, un “poblado”, según la descripción insistente del historiador. A partir de 1910, cuando Cali fue designada como capital del nuevo departamento del Valle, comenzó a insinuarse algún grado de desarrollo urbano; pero bien advierte el autor que, en comparación con Bogotá, Medellín y Barranquilla, ese progreso urbano no incluyó el inicio de un desarrollo manufacturero. El libro, en este aspecto, permite afirmar que Cali fue una ciudad que vivió una modernización más tardía que la de otras ciudades llamadas intermedias en Colombia. Eso significa que el actual escenario urbano es relativamente reciente, que su volumen poblacional tiene un establecimiento más temprano con respecto a otras ciudades que han sufrido procesos de crecimiento urbano más paulatinos.

No puede ignorarse, por tanto, que este libro nos corrobore como premisa histórica el hecho de que la ciudad que hoy conocemos es fruto de una modernización tardía. Eso significa que mientras en los primeros decenios del siglo XX algunas ciudades colombianas conocieron su transición a una modernidad en términos económicos, culturales y espaciales, Cali seguía siendo un poblado que flotaba como remanente decimonónico. Los estudios regionales, tan desprovistos de elementales ejercicios comparativos, cuentan esta vez con elementos que sustentan que Cali no nació ni se formó al ritmo de otras ciudades colombianas. Esa condición, sin duda, no es despreciable para entender, en parte, su ambiguo carácter presente, su mezcla de tradición y modernidad, su difícil adopción de formas de convivencia en ese espacio todavía indiferenciado de lo que llamaríamos, más por convención orientadora que por realidad incontrovertible, ciudad.

El profesor Vásquez Benítez explica con la ayuda estadística no solamente el crecimiento poblacional de Cali, sino además su abigarrada composición étnica que está

íntimamente conectada con su carácter de ciudad de tránsito que ha servido para recibir diversos flujos migratorios. Eso podría contribuir a entender, ahora, la difícil definición de una identidad caleña y las consiguientes discriminaciones espaciales que concuerdan, en buena medida, con discriminaciones étnicas en la ciudad. El libro, a propósito, detalla algunas de esas divisiones espaciales que se han ido construyendo con la formación de sus barrios; pero está ausente la reconstrucción de ese tejido espacial en que lo étnico ha intervenido como activo factor diferenciador. Tan sólo se puede colegir que en Cali han predominado formas de identidad específicas, relativas, basadas en la apropiación y separación de espacios muy precisos de la ciudad. Eso que los sociólogos urbanos llamarían combates simbólicos en la ciudad no están contenidos ni explicados en este libro, pero al menos sí aparecen insinuados.

Tal vez sea indispensable apegarse a las precisiones del título del libro que nos anuncian que tratará de la sociedad, la economía, la cultura y el espacio en la historia de Cali durante el siglo XX. El libro parece concentrarse en el eje del desarrollo del capitalismo industrial y sus consecuencias en el crecimiento poblacional y en la modificación de la estructura urbana. Esas precisiones, supongo, explican el desinterés por reconstruir aspectos determinantes de la historia de la ciudad asociada con algunos eventos políticos que sobrepasaron, incluso, el relieve local.

De ahí que podamos afirmar que el libro no está exento de contradicciones; en su revisión de los antecedentes del siglo XIX, los fenómenos políticos de la mitad de esa centuria ocupan un lugar destacado y, en contraste, para el siglo XX no le otorga ninguna importancia a, por ejemplo, los hechos del 9 de abril de 1948 y su posible impacto al menos en la estructura espacial de la ciudad, aunque es de suponer que en ese amplio espectro de lo que puede denominarse “cultura” debió haber cambios ostensibles dignos de un examen. Un reparo similar merece el hecho

de que no explique cómo, por qué y hasta qué profundidad el fenómeno del narcotráfico incidió en la triste condición de Cali en su despedida del siglo XX. Debió haber alguna distancia sobre esta temporalidad inmediata con la que el autor prefirió no comprometerse; quizás sea un fenómeno todavía inabarcable, pero la aparición de la economía del narcotráfico como dinamizadora, a su manera, de la vida de Cali aparece apenas como una tímida coletilla en esta historia.

Tal vez sea esa definida modernización tardía la que nos haga ver una ciudad con ostensibles atrasos en su infraestructura de servicios educativos y culturales. Algo que tampoco aparece detenidamente ponderado en esta obra. Cali dejó morir el siglo XX con una población semejante en cantidad a la ciudad de Medellín, pero sin siquiera la mitad de oferta de bienes culturales que tiene la capital antioqueña. Cali es una extraña ciudad grande sin servicios culturales básicos, como una auténtica y elemental biblioteca municipal. Ese es un evidente síntoma de un atraso que exige sus explicaciones.

Con sus imperfecciones y superficialidades, este libro que, según el título, se advertía más pretencioso, se ofrece de todos modos como una guía indispensable para tener una visión panorámica de la historia de la ciudad. La mezcla de modernización y tradición está bien demostrada en esta obra, la industrialización caleña se incubó en una estructura premoderna, su incipiente capitalismo se forjó entre actividades entrañablemente pre-capitalistas; el autor habla de esa “mentalidad compleja -entiendo que refiriéndose sobre todo a la dirigencia empresarial- que oscilaba o combinaba la tradición y la modernización” (p. 91). Esa caracterización, sin duda, ayuda a entender cómo la dirigencia vallecaucana, no sólo la caleña, contiene ciertas peculiaridades en sus costumbres políticas que la hacen más cercana a un grupo con gestos de representación pública genuinamente premodernos, con más arraigo de las fidelidades clientelares y de las relaciones patron-siervo.

Este libro es el resultado de un sistemático aunque unilateral esfuerzo de un investigador que, durante décadas, ha tenido como su objeto exclusivo de estudio el devenir de esta ciudad. Los datos de crecimiento industrial, de crecimiento y distribución poblacional son y serán útiles; aquellos asuntos que apenas esboza podrían convertirse en inspiración para estudios monográficos. En fin, es una obra que ocupará un lugar privilegiado dentro de la muy contemporánea preocupación colombiana por la historiografía urbana.

Gilberto Loaiza Cano
Profesor asociado del Departamento
de Historia Universidad del Valle